

que para la hacha el mango, que sirve para dirigir el golpe con acierto y moderar su fuerza cual conviene.

Cuando la muchedumbre os aplauda, preguntaos á vos mismo seriamente: ¿Qué mal he hecho? y si os censura: ¿Qué bien he podido hacer?

La vivacidad en la juventud suele pasar por ingenio, así como el reposo por rudeza.

No es tan digno de compasion el que no consigue agradar á nadie, como aquel á quien nada es capaz de complacer.

No arriesgamos nada en aprender de nuestros mismos enemigos, pero sí es aventurado el enseñar aún á aquellos que son nuestros amigos.

Nos resignamos cuando mas á estar en compañía de aquellos que pueden instruirnos, al paso que apetece y buscamos la sociedad de los que aprenden de nosotros. En nuestra propia estimacion sabemos mucho siempre que podemos hacer á otros partícipes de nuestros conocimientos, y creemos, por el contrario, haber desmerecido, cuando en vez de comunicar instruccion la recibimos. Así, bien puede aplicarse al talento, lo que han observado otros respecto á la traicion: que buscamos la instruccion y nos aprovechamos de ella, pero que al instructor le detestamos.

Butler comparaba las lenguas de ciertos habladores sempiternos, á los caballos de carrera, que mientras ménos peso llevan, corren con mas velocidad, y Cumberland observó que los tales se apoderan de la conversacion como el saltador de la bolsa de un caminante, sin saber lo que contiene, ni curarse de si pertenece á este ó aquel. La conversacion viene á ser la música del alma; es una orquesta intelectual en que todos los instrumentos han de tomar parte sin juntarse ningunos. Los que los tocan deben, pues, calcular de antemano hasta donde alcanzan sus fuerzas respectivas, porque si desgraciadamente se apodera del primer violin algun torpe é indiscreto principiante, resultará infaliblemente un general desconcierto. Para evitar que tal suceda, el director de la orquesta debe poner todo su esmero en que los concurrentes no sean en la aptitud muy desiguales, ó no habrá armonia, ni muy pocos, ó no habrá variedad, ni tampoco muchos, para que haya orden. Con un solo tambor

basta y sobra para que no pueda disfrutarse un hermosísimo solo de Paganini.

Dos cosas hay que bien meditadas bastan para evitar mil altercados, á saber: si la disputa que se ha trabado tan solo es sobre palabras, si aquello en que diferimos de opinion merece la pena de ser controvertido.

La elocuencia es el idioma de la naturaleza y por consiguiente no puede aprenderse en las aulas; pero la retórica es hija del arte, y por esto vemos que sobresalen en ella los que más sienten. La retórica viene á ser respecto de la elocuencia, lo que el empirismo comparado con la medicina; pues si bien vende aquellos remedios y remedios secretos, no por eso le es dado hacer curas radicales.

Un bribon vengativo hará mas de lo que otro que se dice obligado, hará menos de lo que promete.

Cuando alguna cosa merece la aprobacion de los sensatos, es seguro que la multitud confirmará este juicio, porque el manifestarse en un caso complacida, no hace sino dar á entender que su gusto es fino y delicado.

Es la nobleza semejante á un rio cuya corriente se dirige sin desviarse un solo punto hacia el grande Océano Pacifico del tiempo; pero que á diferencia de todos los demas rios, es el grande donde nace que donde desemboca.

Cuando perdemos un perro ó un caballo que apreciábamos, procuramos comunmente consolarnos recordando los defectos que tenian; no es raro que nos tranquilicemos por medio de semejantes reminiscencias, cuando muere algun amigo ó pariente que nada nos dejó.

Topamos á veces con hombres que han adquirido profundos conocimientos en algunos ramos del saber, pero que los tienen tan reservados y escondidos, que á ningun otro hombre son de la menor utilidad. Las personas de este jaez son como un buen cronómetro sin manecillas, el cual, aunque siempre esté exacto no sirve ni para corregir á otro inexacto, ni para hacer algun descubrimiento ó una observacion.

(Se continuará.)



EL

# OCEANO DE TINTA.



Quae in vita nsurpant homines, cogitant, curant, vident, quaeque agunt vigilantes, agitantque, ea cuique in somno accidunt.

Cicero de Divinat.



CICERON en el trozo que lleva este artículo por via de epigrafe, dice muy bien, que generalmente el sueño nos reproduce las imágenes que han herido nuestra imaginacion mientras despiertos. Lo que mas me ha confirmado en esta idea ha sido un sueño que tuve noches pasadas, y que voy á referir á mis lectores.

Claro es que para un periodista no hay idea que mas le persiga que la de su periódico. Si el periodista sumergido en una profunda meditacion se ocupa como acostumbran los mirmidones de la pluma en contar una á una las vigas del techo de su camaranchon, una idea repentina viene á sacarle de su éxtasis esta idea es la del periódico. Si el periodista relaja por un momento la regla, desarruga la frente y se entrega á los dulces transportes del amor al soñar dicha en los brazos de su amada, una sombra vaporosa y terrifica cual la del rey de Dinamarca cuando se presentó á su hijo el cuitado Hamlet, viene á turbar su ventura, le ase con fuerza de los cabellos y grita con voz de trueno ¡el periódico! Si el periodista arroja la pluma que ha producido artículos á porrillo, y embozando en su capa (si es que pertenece á la clase de periodistas que tienen capa) se dirige al paseo á respirar el ambiente de la tarde, repentinamente hiere su tímpano la destemplada voz de un gacetero que con robusto acento ofrece al público nada menos que el periódico. Si el periodista va en la noche al teatro, acaso al presenciarse la escena mas patética, al escuchar el mejor trozo de poesia, un pensamiento viene á interrumpir su placer; el pobre hombre se espantuzna al recordar el periódico. En fin el pe-

Tom. II.

riodista y su periódico forman un ser misto incomprendible, ó mas bien dos seres unidos en una misteriosa *biología*, como diria un romántico. Dejémos ya al periodista y vamos á mi sueño.

Has de saber, amigo lector, que me vi transportado como por encantamiento á orillas de un mar, cuyas ondas eran tan negras como el ébano. Multitud de bajeles lo surcaban y tomaban una de dos direcciones: parte de ellos corria á toda vela hácia una isla de cuyo centro se elevaba un templo magnifico, y parte hácia una costa que brillaba con el metal que hizo tan afamadas en la antigüedad á las arenas del Pactolo. Absorto me quedé con semejante espectáculo, hasta que una mano que se colocó sobre mi hombro vino á sacarme de mi arrobamiento. Volví prontamente la cara y vi á mi lado á la mas estraña figura. Era un anciano seco y encorbado cuya barba blanca estaba salpicada de tinta, sus ojos estaban amortiguados, su cuerpo cubierto de pedazos pintorreados de papel; en una mano tenia un palo de lintero con que trazaba de cuando en cuando caracteres misteriosos en la orla de su vestido; y en la otra un mendrugo de pan del que arrancaba despues de multiplicados esfuerzos una que otra miserable migaja.

—Yo soy tu genio tutelar, me dijo con cascada voz.

—Mucho me huelgo de ello, respondí.

—¿Te encuentras con valor para darte á la vela en el océano de tinta?

—Supuesto que eres mi genio debes saber que soy audaz, y de consiguiente inútil tu pregunta.

—Pues bien, entra conmigo en este esquife.

—Entramos en efecto en un barquichuelo

de forma estrafalaria que tenía por nombre *el Liceo mexicano*. A primera vista estaba tan desmantelado que yo temí que nos fuésemos á fondo y se lo hice presente al genio.

—Observa la parte superior de la barquilla y cesarán tus temores.

Oservéla en efecto y noté con placer que era imposible sumergirse porque diez y seis enormes calabazos mantenían siempre á flor de agua aquella cáscara.

—Estiende la vista y escucha, dijo el genio. ¿Ves aquella isla á donde se dirigen tantas embarcaciones? Esa es la isla de la Fama. Pocos buques arriban á ella porque los mas zozobran en los arrecifes de la crítica.

—¿Y si dan contra ellos nuestros calabazos que tan huecos están, se llenarán de tinta y....

—Nos ahogaremos en ella, interrumpió el genio con magestuosa calma, y prosiguió: aquella costa que descubres á lo lejos y á la que también se dirigen muchas embarcaciones es la costa del Oro; esa es de mas fácil acceso que la isla de la Fama.

—Mas dime por tu vida, ¿que buquecillo es aquel que con tanta destreza pasa por entre los arrecifes de la crítica?

—Ese es el Zurriago. Mirale, mirale, al cabo su atrevimiento le ha costado caro; se ha ido á estrellar contra el promontorio del Párrico.

—¿Qué lástima! ¿Y qué buques son aquellos que se están combatiendo allí con tanto encarnizamiento?

—Los ministeriales y de oposicion.

—De oposicion solamente uno percibo de 70 cañones que dice siglo XIX. Mirad ya se prepara á descargar su andanada. ¡Ahí va! como el caballo de copas. ¡Pum!

—¡Ja, ja, ja! No temas, porque su tripulacion nunca tira mas que con pura pólvora. A mas de eso, observa su rumbo; se dirige á la costa del Oro,

—Mas oye, antes de que pasemos á otra cosa; ¿qué color tiene la bandera de esa embarcacion?

—Ninguno fijo. Es de una tela cuyas tintas varían segun las hieren los rayos del Sol. Dejemos ese barco y vamos á aquel otro que es el que principalmente se las ha con el siglo. Observa que casco tan maltratado tiene; qué velas tan desgarradas; á cada paso tienen sus marineros que remendarlas con bandos y sesiones de la compañía lancasteriana. Este navio ha tenido muchos nombres; por fin, ahora se llama *Diario del Gobierno*. Algunas campañas

ha tenido con el malogrado Zurriago; este pues de su desfalco se reanimó para darle un fogonazo con una pólvora muy buena, que segun dicen fabricaron en Berlin....

Adviértote de paso que la tripulacion de ese buque es sumamente atrabiliaria y cuenta con un formidable pié de guerra, de manera que siempre triunfa y se le puede aplicar aquello

Vinieron los Sarracenos  
y nos molieron á palos,  
que Dios ¡proteje á los malos  
cuando son mas que los buenos.

Aquí ibamos de nuestra conversacion cuando nos acercamos á un islote que parecia poblado por las creaciones mas fantásticas del cerebro humano. En una pequeña bahia estaba amarrado un buque de exagerado tamaño y pesada mole, cuya estructura parecia temporal de los bergantines de Hernán Cortés. Mi curiosidad se picó y el genio se apresuró á satisfacerla.

—Este islote, dijo, se llama de la Fábula. La embarcacion que reposa ahí despues de una penosa travesía es el Cuadro Histórico de la revolucion mejicana. Mira atentamente aquella lancha que están carenando con frases de Alejandro Dumas y de Balzac; se llama la *Historia de México* novelizada por los redactores del Museo mexicano.

—¿Y donde está ese Museo? pregunté.

—Allí va. Ves aquel vaporcito que no corta el mar sino vuela?

Ese es el Museo. Su arboladura es nueva, el casco es viejo y remozado y pertenece á otro buque que se llamaba el Mosaico.

—¿Caramba y que recio va!

¿No hay temor de que se le reviente una oquidera?

—No por cierto, pues que su tripulacion descubrió el método de hacer vapor sin necesidad de fuego.

—¿Yaya una cosa curiosa!

—¿Y que goleta es aquella que lleva un piloto francés y parece muy cargada?

—Se llama el Correo francés. Va consistida á tu patria y su cargamento consiste en los diccionarios de la conversacion.

—Hola, hola! Allí viene un falúa muy pintadita, y que trae un renglon que comienza con letras gordas *La Hesperia*.

—Lo gracioso es que la tripulacion de esa falúa es española y sin embargo los españoles entienden lo que dice.

—¿Y en qué consistirá eso?

—A fé mia, que no te lo podré decir.

quien asegure que depende de que esos marineros usan mucho de la figura llamada *traspolicion*. Por ahora, no dejes de parar mientes en esa canoa que va ahí.

—¿Cual? ¿la del toldo de estera, que va cargada de ajos y cebollas?

—Esa misma. Se llama el Mosquito mexicano.

—Y ¿qué falucho es ese que lleva á remolque esa barca cuyo nombre dice *Recopilacion de Arrillaga*?

—Es el Observador judicial.

—Mas allá percibo un bergantin que á pesar de que tiene mucha tripulacion avanza muy poco porque los mas de sus marineros se están mano sobre mano. ¿Cómo se llama?

—El Ateneo,

—¿El Ateneo? Pues en este mar casi todos los buques tienen nombre acabado en *eo* como Liceo, Museo, Ateneo; por no dejar, hasta aquel botecillo que va allí lleva su letrero que dice el Lucero de Angangueo.

—¿Yaya por Angangueo! se conoce que nunca estuviste muy ducho en el silabario. Limpíate los ojos y vuelve á leer.

—¡Ah! dice: el... Lucero... de... Tacubaya. ¿Y adonde va este bote? ¿A la isla de la Fama?

—No.

—¿A la costa del Oro?

—Tampoco.

—Al islote de la Fábula?

—Ni por pienso.

—¿Pues adonde va por fin?

—A Tacubaya.

—¿Qué embarcacion es aquella en que vienen un diablo, un consueta, un árgos y otros varios personajes?

—Es el Tornavoz. Observa aquella barca llena de gente armada de pinchos y garrotes; viene en pos del diablo y demas personajes.

—¿Y de donde viene?

—De dos senos ó lugares de las ánimas que se llaman Teatro principal y de Santa-Anna.

—¿Y porque son lugares de las ánimas?

—Porque allí se ocupan en hacer compurgar á los espectadores los pecados cometidos y por comer.

Mientras que conversá bamos de esta manera, notamos que al cabo de algun tiempo las embarcaciones iban siendo mas raras y poco dignas de atencion. Una sí nos chocó pues tenía pintada en la proa una china en actitud de volver de Santa-Anita y que llevaba en la cabeza una guirnalda, pero no de rosas, sino de rove-

rendos prelados con sus correspondientes mitras y báculos pastorales.

Cansados de ver y de hablar, surcábamos sin temor las aguas del oceano de tinta cuando repentinamente vi á mi genio pálido y sobrecogido de un violento temblor.

—¡Estamos perdidos! gritó con voz espantosa, enseñándome que la tinta ya no se quebraba en ondas de líquido azabache, sino que se revolvia rápidamente formando negros borbotones.—Hemos caído en uno de los vórtices de la crítica. Yo no te sabré decir si es el de Pedrano ó el de Doña Mónica; pero el hecho es que no tardan en hacerse añicos nuestros calabazos. Mas ¿que rumor es ese?

Paré la atencion y percibí una terrible gritería que se aumentaba mas y mas. Pronto nos cercioramos de que aquellas voces salian de los buques que habíamos visto y que nos perseguían á toda vela.

—„No me han de quedar con caspa!” gritaba el zurriago. —¡Infames! ¡ingratos! gritaban los del siglo XIX. ¿Con que no mas tiramos con pólvora? y no nos agradecen la máxima que tanto les inculcamos y que dice: „*Patrem familias vendacen non emacem esse oportet?*”

—¡Ay de ellos! clamaba el Diario. El Gobierno conoce cuales son sus intenciones y sabrá hacerse respetar.

—Yo les escribiré su necrología, decia el „Cuadro histórico.”

—Son unos brigantes, vociferaban los del Museo. Es necesario colgarlos *en potencia* (en potence)

—*Vive le roi citoyen! Abas les chétifs ecrivains!* gritaba el Correo frances.

—El castigo déseles que merecido han, decia la Hesperia.

—En vano me pican porque no tengo pudor decia el mosquito.

—El Exmo. Sr. Presidente etc. etc. con fecha 27 del corriente me dice lo que copio.... Aquí se enronqueció el observador judicial.

—¡Déjenlos! interrumpía el Ateneo ¿que importa que digan lo que quieran si el cuaderno suelto vale cinco reales?

—Con que á Tacubaya, eh! decia el Lucero. Pues bien, me despido de una manera histórica: ¡Adios, calabazos del Liceo: nos veremos en Tacubaya, (no en Philippi)!

—No han aprendido su papel, pero lo desempeñan muy bien, dijeron los del Tornavoz.

—Lo habian de hacer mejor para criticarnos á nosotros, clamaron los de la matrona coronada de arzobispos.

Estupefactos nos quedamos sin saber á qué peligro atender. Nuestro fragil barco se estrelló en aquel momento contra el pico de una roca... á poco luchábamos contra las olas con la desesperacion de la muerte ¡En vano! mis dedos se encorvaron como las uñas del halcon, mis cabellos se erizaron, mi cuerpo todo fué presa de una mortal rigidez, mi respiracion se volvía por momentos más y más penosa, iba á morir...

Una voz que parecia salir del cielo, conmovió súbitamente mi máquina y... desperté. Restreguéme los ojos, palpé por todos lados:

y me convencí con placer de que todo habia sido un puro sueño, á excepcion de la voz que aunque es cierto que no salía del cielo, sí salía de la barbería de enfrente de mi casa, donde mi diestro rapista entonaba con voz atórea aquella antiquísima copla que dice:

Prieto me debe dos cuartos  
y yo se los debo á Prieto;  
Prieto me aprieta por ellos,  
y yo por ellos le aprieto.

CALAMUCHA.

## GALERIA DE LOS VIREYES DE MÉXICO.



### DON LOPE DIAZ DE ARMENDARIZ,

Marqués de Cadereita. Décimosexto virey de la Nueva-España. Desde 1635 hasta 1640.

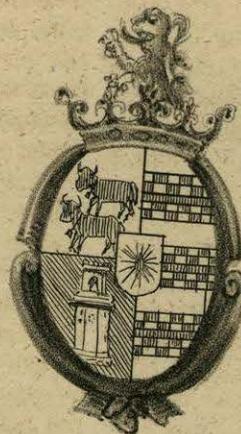


1635.

ON el fausto, el lujo, ceremonias y pompa de costumbre, el 16 de setiembre llegó á la poderosa y bella capital de la Nueva-España á relevar al marqués de Cerralvo el de Cadereita. No estaba por cierto en el mejor estado la policía de la capital, cuando por todas partes se dejaba percibir un olor bien desagradable, y que podría además perjudicar notoriamente la salud en la población, lo que era efecto del abandono en que estaban las acequias, cuyas aguas sucias y corrompidas, llenas de todo género de inmundicias, hacian inhabitables los parages inmediatos á ellas, que por desgracia eran casi todas las calles de la ciudad, en virtud de lo cual, como primera providencia, ordenó D. Lope al ayuntamiento la limpia de las tales acequias, cuya resolucion fué obedecida inmediatamente, dilatando dos años la limpia, y empleándose en ella catorce mil pesos.

1636.—Algunos vireyes habian ya trabajado en la obra del desagüe, sin lograr que México como hemos visto, quedara libre absolutamente de las inundaciones, y puede decirse, que solo se ponía mano en la obra y se trataba de llevar adelante cuando amenazaba de cerca riesgo, cuando se tenía encima la inundación ó bien cuando el rey pedía informes y la obra daba continuar. Informado Armendariz del mal que afligia á México, quiso impedirlo á la vez que Felipe le pedía una noticia del desagüe, y una cuenta exacta de lo que importaba. Para llenar sus deseos, y cumplir con el soberano, comisionó, pues, el virrey á Fernando Zepeda y á Fernando Castillo, previniéndoles que estendieran una escritura, en la cual hicieran una minuciosa relacion de todos los gastos hechos en construir y reparar albarradas y calzadas dentro y fuera de la ciudad, y una descripción histórica de la obra del desagüe muy circunstanciada, y refiriendo todos los gastos realizados en ella desde 1607, agregando á

Sicco Mexicano.



D. LOPE DIAZ DE ARMENDARIZ.  
16.º Virey de la N.ª Esp.ª